

envia, envia tu más puro aliento, y el espíritu será como la última y más hermosa explosión de la vida, y su calor vivificará de nuevo todo el Universo.

III.

El Eterno, oyendo la voz de la naturaleza, puso su mano sobre el corazón del hombre, nacido del polvo de la tierra. En el mismo instante sintió Adán el placer de vivir. La sangre corrió encendida por sus venas, como la sávia de la primavera por la corteza del arbusto, que esparce su vida en flores. La respiración comenzó á recoger aquel aire purísimo, perfumado por las emanaciones de los primeros árboles que levantaron sus ramas en la tierra recién creada. El corazón latió con la alegría infinita de la primera vida. Los ojos retrataron el primer albor de la luz que sonreía en los immaculados horizontes. Su pecho se abrió para recoger el aroma exhalado de toda la naturaleza, y sus átomos se regocijaron al moverse en la elaboración de la vida y absorber por sus poros las esencias misteriosas de todos los seres. Era aquel estado como

una embriaguez de la vida; como una comunicacion del hombre con todas las sustancias primeras que se derramaban, ávidas de una nueva trasformacion, por sus venas abiertas al mundo exterior; como un sueño magnético producido por el primer florecimiento de la existencia. La vida de la naturaleza era en sus lábios lo que la primer gota de la leche maternal en los lábios del niño recién nacido, é involuntariamente prorrumpia en estas palabras, apegado como estaba al regazo de la tierra:

ADAN.

Soy el lago que retrata la luz, el ave que se pierde en cielo, el soplo de aire que mueve las hojas de los bosques, la mariposa que se baña en el aroma de las flores, el leon que corre, el salto de la gran catarata que se desgaja entre las peñas. Toco cuerpos y más cuerpos, y no sé ni qué son ni qué soy. Percibo aromas que me embriagan, y no acierto á distinguir si vienen de mí, ó vienen de las cosas. ¿El rayo de luz se exhala de mis ojos, ó son mis ojos los que recogen el rayo de luz? ¿El sol es mi retina que mira al cielo? ¡Oh! Me pierdo en el seno de todos los seres, en el polvo de luz que levantan los astros, en el movi-

miento perenne que produce la vida. Este peñasco es demasiado grande, y amenaza al hombre, tan pequeño. Esta catarata me asusta con su ruido. ¿Si querrá tragarme y confundirme en sus negros abismos? Este bosque es oscuro. Estas grandes serpientes son las ligaduras que me van á atar á la tierra. ¿Qué soy yo? No lo sé, no lo sé, no lo puedo acertar. Siento el zumbido de la vida que vaga en mi seno; pero esa vida está fuera de mí. Naturaleza, seres que pasais en grandes torbellinos ante mi espíritu, recibidme en vuestro seno.

LOS ÁNGELES.

El hombre se ha dejado caer, como poseido del vértigo de la primera vida, sobre un lecho que las flores han formado con sus perfumadas corolas. Aún no ha conciliado un dulce sueño, y ya siente un soplo consolador que acaricia su rostro. Incorporase agitado, abre su pecho para respirar el nuevo aliento de Dios, destella de sus ojos una luz más clara, y muestra su faz radiante de alegría, como poseido de un extraño arrobamiento.

ADAN.

Me siento crecer, toco ya con mis manos los últimos límites del sér, y veo á mi alrededor volar los astros como antes volaban las aves, y me parece la tierra una sombra que se ahuyenta. ¿Qué música oigo? ¿Qué armonía rueda por mis oídos, como el rumor que la onda produce al estrellarse en la playa? ¿Por qué esta armonía penetra en mí, se derrama por mis venas, mueve mis átomos, impulsa mi sangre, y dá á mi respiracion una alegría infinita? No acabes nunca, nunca, nunca, dulce cántico. Sigue, sigue, armonía delirante, que te exhalas de lo infinito, envolviendo los mundos como el torrente envuelve en sus espumas las hojas desprendidas de los árboles. Un negro velo ha caído de mis ojos, como se desprende la nada del Universo, la nada, que era el embrión del sér. Mi vista se dilata, se espacia en un mundo superior á este mundo, que náda en éther más luminoso que el sol y las estrellas. Y á su voz veo el tiempo, del cual pende el Universo, como una misteriosa lámpara, y veo el espacio como el Océano en que vagan perdidos todos los séres. Ven, dulce inspiracion, toca con un beso mi alma, abierta á tu palabra, á tu cán-

tico y á tus colores; ven, é impulsa con más fuerza por mis venas la corriente de la vida. A tu aliento me alzo, me transfiguro, veo el Universo trasparentearse como una gran urna de cristal en cuyo fondo están tejiendo los hilos misteriosos de la vida las ideas primeras, las ideas madres de todas las cosas. En el fondo del arroyo veo una forma que se desvanece, y que produce las ondas á cada palpitation de su seno. En lo alto del cielo veo un ángel que sacude su cabellera, y llena de astros lo vacío. En las fibras de la flor veo un sér que está tiñendo con su sangre los pétalos y perfumando con su aliento el cáliz. En los átomos del sol veo espíritus que corren, que vuelan, que suben, que bajan, y que viven contentos en la molécula del misterioso rayo, como el infusorio en la gota de agua. En el iris que forma la catarata al recoger la luz, en la espuma de que se corona la onda, en el giro azulado del viento, veo séres impalpables, ethéreos, que suben al cielo cuando el ruiseñor, y todas las aves agitan la atmósfera en ondulaciones amorosas con sus cánticos. Mi forma, sí, mi forma, que antes me parecía tan pobre, se extiende como un velo sobre todas las cosas. El cielo ha sacudido sus gigantes alas, y ha dejado caer las estrellas sobre mi seno,

como la mariposa al volar deja caer los dorados átomos recogidos de las flores. ¿Qué delirio, qué delirio hay en mí? Yo quiero copiar mi forma en la piedra; quiero teñir con los colores de mi sangre, de mis venas, con el iris de mis ojos, las cosas; quiero dar mi voz, mi palabra á los seres que hierven á mi alrededor; quiero enrojecer en el fuego de mi vida la naturaleza. Pero ¿qué soy? ¿qué soy?

LOS ÁNGELES.

Señor, ¿no oyes? Tu criatura predilecta delira: completa, completa tus dones. Arroja sobre él nueva vida. Óyenos, Señor, óyenos.—¡Ah! Tu mano se posa sobre su frente, como antes se había posado sobre su corazón. Ya se despierta en su seno nueva vida.

ADAN.

¡Oh! ¡Y me dejaba llevar de la corriente de los hechos y de las cosas! ¡Yo, yo! ¿Quién de vosotros, seres de la tierra, puede pronunciar esta sublime palabra? Me veo á mí mismo, siento correr mi vida por mi alma, sí, por mi alma mucho más trasparente que el aire. Ya estoy cierto de mí, ya sé que soy y que existo. Todas las cosas

cambian, se mudan, se trasforman, corren impetuosamente; y yo, en el centro de la creación, las veo cambiar, mudarse, permaneciendo siempre el mismo, nuevo sol de la vida. Así, el mundo material crece, y se idealiza en mi mente por medio de la percepción de mi alma. Yo penetro con mi idea en la naturaleza, sobre la cual se levanta mi conciencia, como la luz se levanta sobre todos los astros. La naturaleza era un misterio oscuro, indescifrable, hasta que ha venido el espíritu; y el espíritu como un fantasma, hasta que se ha replegado en el seno de la conciencia. Ya me recreo en contemplarme á mí mismo, en penetrar en mi esencia. Venid, seres de la tierra, venid, que yo os enseñaré el secreto de la vida. El mundo se ha doblado desde este instante. Así como la estrella luce en el cielo y en el lago que dulcemente la retrata, el Universo luce en el espacio y en mi conciencia. Hora sublime de la vida, yo te bendigo, porque me has revelado el alma.

LOS ÁNGELES.

Aún no te ha visto, Señor, aún no se ha levantado hasta tí. Envíale el rayo de tu mente, la luz increada de tu espíritu.—Ya Dios nos escucha; ya una centella de su ser hiende los espacios,

eclipsa los mundos, llega hasta la frente del hombre, que parece próxima á estallar como un volcan en el primer instante de una comprimida erupcion.

ADAN (*cayendo de rodillas sobre la tierra*).

¡Ah! Ya te veo, Dios mio, ya veo la fuente misteriosa de la cual descende la vida en que me regocijo. Delante de tí la tierra es como la flor que mis pisadas marchitan. Abres la mano, y caen torrentes de vida sobre los espacios; sacudes tu cabellera, y cada uno de tus cabellos es un huracan que agita la máquina del Universo; abres los ojos, y ofuscas y borras la luz creada; alientas un instante, y al recibir tu aliento, la nada se puebla de miriadas de seres que te aclaman y te buscan; andas sobre lo infinito, y dejas por huella un surco de soles, una estela de mundos. Tú eres la vida. El Universo, sin tí, seria una eterna tempestad revolcándose sobre la nada en oscuras ráfagas é impotentes lamentos. Sin tí, el espíritu seria como una inmensa telaraña extendida sobre la caverna del vacío. Tú me has dado luz, por cuya virtud veo resplandecer todas las cosas. En tu seno mi espíritu y la naturaleza se penetran, se confunden, se armonizan como los aromas de dos

flores, como dos gotas de rocío caidas en una misma hoja, como dos estrellas fosforescentes que se funden para formar un nuevo astro. Ya sé quién tiene en sus manos el cincel que ha tallado los montes; ya sé quién ha pintado las flores; ya sé quién ha llovido el rocío de luz sobre los cielos; ya sé quién abraza en su seno el Universo; Dios, Dios que se ha revelado á mi espíritu. El mundo es á Dios lo que la gota de agua es al mar, lo que la hoja es al bosque, lo que el infusorio es al Universo. Señor, bendiceme, envia tu aliento sobre tu hijo que te llama, átomo de polvo perdido en la inmensidad. Tú eres sobre el Universo lo que es la conciencia sobre el espíritu. El trueno que la tierra hace estallar en los espacios, te llama; el relámpago luciente es el ala dorada de la naturaleza, que vuela en pos de su Creador á lo infinito. Seres de la tierra, venid. Abrasaos en el fuego del eterno amor, disipad vuestra sustancia en un holocausto, convertíos todos en una nube de incienso que se levante del altar de los espacios á Dios. Ya sé qué buscas, mar, con tus nubes y tus blanquecinos vapores, volcan, con tu fuego, ave, con tu cántico, flor, con tu aroma: buskais á Dios. Venid, venid. Dios se ha revelado á mi espíritu; yo le veo, sentado sobre lo infinito, envuelto en

las ráfagas de la luz increada, coronado por la eternidad, exhalando de su aliento la vida; sosteniendo con una mano el Universo material, con la otra el cielo donde vagan los ángeles; esparciendo en cada latido de su corazón el infinito amor sobre la naturaleza; lanzando de su frente el rayo de la inteligencia; diciendo á cada astro la cadencia, la nota que ha de formar en la música de las esferas; encerrando en la eterna palabra, que éthérea y pura se desprende de sus lábios, el ideal de todas las creaciones posibles; penetrando con su providencia todos los seres; reuniendo en el foco luminoso de su idea increada las ráfagas de todas las existencias esparcidas por los espacios; armonizando todas las obras en su eterno, en su absoluto, en su infinito sér. Dios mío, Dios mío, tanta grandeza agota mi espíritu. Esta visión puede romper y calcinar mi cuerpo, como la luz demasiado viva hace estallar el pobre sol que la contiene. Señor, callo, y oro.

LOS ÁNGELES.

La razón ha caído sobre el hombre, y lo ha levantado al cielo. Pende el espíritu humano de Dios, como la dorada fruta del árbol. Pero si el hombre, al brotar su vida, parecía el hijo de la

naturaleza, hoy parece el hijo del cielo. Señor, hazlo dueño de sí mismo. Las cosas creadas obedecen ciegamente á la fuerza de la naturaleza. El hombre debe llevar en sí mismo una ley. Así tendrá una fuerza invencible para someter á su dominio todos los animales. Así la tierra será su peana, y el cielo su dosel. Así su vida irradiará sobre la naturaleza su fuego creador. Señor, acaba, acaba de perfeccionar al hombre.

ADAN.

Siento una nueva fuerza en mi seno. Mi vida, que se esparcía en la tierra, que se evaporaba en el cielo, se encauza como el torrente despeñado al tocar el llano. Soy yo, soy yo el rey de la naturaleza. Todos sus seres me obedecen, me siguen. El león se acerca arrastrándose á mis plantas á lamerme los piés. El águila se pára cuando la miro, y se cierne sobre mi frente. La mariposa deja su flor para mecerse en mi aliento. El ruiseñor abandona el bosque para gorgear sus trinos en mi oído. El árbol se inclina para derramar sobre mi cuerpo sus hojas. El arroyo, al pasar, recoge mi imagen en sus fugaces ondas. El áura me besa los lábios. Las estrellas me miran, y me parecen el rayo de la mirada de los ánge-

les. ¿Qué fuerza hay en mí, superior á las fuerzas de la creacion? ¿Qué elemento hay en mi seno, más poderoso que todos los elementos congregados? ¡Hay libertad, sí, la libertad! Yo te bendigo, santa libertad, reflejo de Dios en mi mente, fuego del cielo en mi corazon. Yo te bendigo, libertad divina, que me has dado el dominio de la naturaleza. Por tí mi espíritu es fuerte y es activo. Por tí mi vida corre en suave movimiento, reflejando el cielo. Por tí me levanto sobre la cúspide de la naturaleza, y veo que mi conciencia es más luminosa que el sol, mis ideas más innumerables que las estrellas, mi fuerza más poderosa que la atraccion en los espacios, mi voluntad más incontrastable que los huracanes y la cohesion de las moléculas, mi sér más inmenso que el mar. Me he despertado en el seno de la creacion, me he creído uno de sus séres; he pasado por un vértigo producido por la primer gota del espíritu caída en mi cuerpo, que ha humeado como el árbol herido del rayo; me he replegado en mi propio sér, en mi conciencia; he ido en mi vuelo hasta Dios, y me he anegado en su vida, como la flor que nace en el fondo del lago; y ahora, ahora siento la plenitud del espíritu, conozco las armonías con la naturaleza y con Dios,

porque siento despertarse en mí la libertad, sí, la libertad de mi sér, que me hace el dueño de la tierra.

LOS ANGELES.

Alabad á Dios, todas las criaturas de la tierra, con el concierto inmenso de vuestras infinitas voces: alabadlo, alabadlo. Desde la esponja que nace en el fondo del mar, hasta el sol que corona los espacios, alabad al Criador, porque ha producido el espíritu humano, la mayor de sus maravillas. El espíritu retrata la creacion, como el espejo de los mares el cielo; cuenta con el tiempo el movimiento de las cosas; mide con el espacio los límites de los séres; sonríe con el brillo de la imaginacion sobre el mundo una eterna sonrisa de amor, envolviendo el gran conjunto de la naturaleza en sus transparentes formas; interpreta el secreto que guardan todas las cosas, levantando la vida á lo infinito; reconcentra en su conciencia su propia sustancia, multiplicándola como el reflejo multiplica la luz; se alza más allá de los astros, hasta mirar frente á frente la eternidad; lleva en sí las ideas madres, los eternos tipos de la verdad, de la bondad, de la hermosura, que residen primordialmente en Dios; armoniza la na-

turalaleza con el Creador; reúne en sí todos los resplandores de la vida; pues, mientras todas las cosas pasarán como fantasmas, mientras la tierra se hundirá, y se apagará el sol, y se convertirán en átomos de cenizas las estrellas, y se replegará el cielo helado por la muerte, el espíritu extenderá sus gigantes alas sobre el Universo arruinado, y aún sobre aquella desolacion universal resplandecerá como resplandece el sol sobre las tempestades, y alabará al Creador. Bendecid, bendecid á Dios, que ha producido el espíritu, seres de la tierra.

IV.

El hombre debía sentir en su corazón un inmenso vacío. La naturaleza despertaba sentimientos misteriosos en su alma. La luz que baja del cielo, que inunda con su purísima vida toda la creación, es el amor, sí, el amor universal, fecundando la flor, el ave, el agua, todas las cosas que se sienten heridas y animadas por su fuego. La flor tiembla, sacude sus pétalos palpitantes de placer, y arroja sobre la tierra la semilla, tributo de su amor. Los seres inorgánicos unen sus moléculas y hierven abrasados por la electricidad, que es el delirio del amor de la naturaleza. La luna va siguiendo á la tierra, y la tierra se regocija cuando el sol la besa, y el sol y las estrellas vuelan alrededor de Dios como la mariposa en torno de la llama, y los espacios son el inmenso lecho de amores de los mundos. Un astro manda á otro